

Fabiola Escárzaga y Raquel Gutiérrez (coordinadoras), *Movimiento indígena en América Latina: resistencia y proyecto alternativo*, México, Juan Pablos/CEAM/Gobierno del Distrito Federal/Universidad Autónoma Metropolitana/Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/DIAKONIA/Universidad Pública de El Alto/Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2006, 501 pp., volumen II.

Por Mayvelin Flores Villagómez*

Desde la celebración de las Primeras Jornadas Latinoamericanas (2003) que dieron origen al primer volumen de *Movimiento indígena en América Latina: resistencia y proyecto alternativo*, variadas acciones de resistencia encabezadas por indígenas han vuelto a poner en entredicho la efectividad de la democracia neoliberal y la infalibilidad de la pregonada gobernabilidad política en América Latina. La convocatoria del gobierno de Evo Morales para la realización de una Asamblea Constituyente en Bolivia, la ruptura entre la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE) y el gobierno de Lucio Gutiérrez, y la conformación de las Juntas de Buen Gobierno en territorio zapatista en México, contextualizan las reflexiones contenidas en el presente volumen, que a su vez son el resultado de las Segundas Jornadas Andino-Mesoamericanas *Movimiento indígena: resistencia y proyecto alternativo*, realizadas entre el 22 y el 25 de marzo de 2006 en las ciudades de La Paz y El Alto, en Bolivia.

En dichas jornadas participaron representantes de distintos pueblos originarios y dirigentes de organizaciones indígenas junto con académicos de Bolivia, México, Ecuador, Perú, Guatemala, Chile y Argentina. En palabras de las coordinadoras, el presente volumen constituye un útil y pertinente registro y análisis de la experiencia política reciente de los movimientos indígenas en la región.

El libro está organizado en dos partes: la primera, de carácter monográfico, resume la situación del movimiento indígena y plantea algunas discus-

* Egresada de la licenciatura en sociología de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

siones importantes al interior del mismo, desde la perspectiva de diversas organizaciones político-sociales que le están disputando al Estado el control político sobre sus destinos como pueblos indígenas. En la segunda parte se abordan tres temas puntuales: la participación de las mujeres dentro del movimiento; los impactos de la migración en los pueblos indígenas y, por último, las estrategias políticas de los movimientos indígenas en Bolivia y México, así como la respuesta de los Estados latinoamericanos frente a la in-surgencia indígena.

En el capítulo dedicado a Bolivia se ofrece un acercamiento a la llamada Guerra del Gas, desde la perspectiva del movimiento aymara. Son los protagonistas de esta lucha quienes narran los enfrentamientos de septiembre-octubre de 2003 y que culminaron con el derrocamiento del presidente Gonzalo Sánchez de Lozada. La lucha por el control de los recursos hídricos en Cochabamba, la defensa del cultivo de la hoja de coca en un creciente clima de represión enmarcado por la lucha antinarcóticos y la lucha guaraní por la defensa de su identidad y sus recursos naturales, en particular los hidrocarburos, comparten el reto de destruir un sistema político y económico que se opone al desarrollo autónomo de sus legítimas aspiraciones como pueblos. En esta parte se podrán encontrar abundantes detalles al respecto.

A lo largo de las doce intervenciones que componen este capítulo se insiste en que la dominación que padecen aymaras, quechuas, guaraníes, ayoreos, chiquitanos y afrodescendientes, no sólo tiene un carácter étnico sino también de clase. Por lo anterior, para el movimiento indígena, la llegada de Evo Morales (dirigente cocalero del MAS) a la presidencia no representa de ninguna manera la culminación de su lucha ni el fin de sus agonías; su lucha, dicen, es contra un sistema: el capitalismo. Otra de las aportaciones del presente texto es que permite apreciar el carácter y las dimensiones de la discusión al interior del movimiento respecto a la Asamblea Constituyente convocada por Evo Morales y que podríamos resumir de la siguiente manera: ¿a quién sirve una constituyente en los términos planteados por el gobierno?

El capítulo de México reúne diversas experiencias de lucha por la autonomía como el caso del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), el de los comuneros Tlalnepantla-Morelos y el de los *nann'cue ñomndaa'* (amuzgos) en Guerrero. Desde la firma de los acuerdos de San Andrés, en 1996, organizaciones indígenas, aglutinadas en el Congreso Nacional Indígena (CNI), centran su lucha en lograr el cumplimiento de dichos acuerdos; sus esfuerzos persistieron incluso después de la aprobada contrarreforma constitucional en materia de Derechos y Cultura Indígena, promulgada en 2001. Una vez cancelada esta vía de la lucha por la libre autodeterminación de los pueblos, muchos de ellos deciden impulsar, con mayor fuerza, iniciativas para lograr la autonomía en los hechos, pues como dicen los amuzgos del Municipio Autónomo de Suljaa', "después de mucho esperar hemos aprendido que los cambios que nosotros necesitamos no vendrán del gobierno represor, ni de ningún partido político: los verdaderos cambios vienen del pueblo" (p. 147).

De los problemas que enfrentan los pueblos para construir y sostener sus autonomías trata este capítulo.

En el capítulo sobre Ecuador se expone puntualmente el proceso de conformación y desarrollo de la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE), organización que aglutina a cerca del 75 por ciento de las nacionalidades indígenas que habitan estas tierras. Asimismo, se presenta un balance de tres momentos clave en el movimiento indígena. En 1998 el movimiento indígena ecuatoriano logra que se convoque a una Asamblea Nacional Constituyente, cuyo objetivo fue declarar a Ecuador como un país plurinacional. Aunque esto se logró, la burguesía tradicional traduce la definición de los contenidos de la Asamblea a los términos procedimentales del régimen político, sin que las relaciones de poder se alteren en lo más mínimo. A principios del año 2000, el movimiento indígena, en alianza con otros sectores, incluyendo un grupo de militares, logra la destitución del presidente Jamil Mahuad por haber establecido la dolarización. Mahuad se va, pero la dolarización se queda.

En 2002 Lucio Gutiérrez, uno de los militares que participaron en las movilizaciones de 2000, lanza su candidatura a la presidencia, obteniendo el apoyo de la CONAIE a través de su brazo político, el Movimiento de Unidad Plurinacional Pachakutik-Nuevo País (MPP-NP). Gutiérrez logra la presidencia, pero una vez instalado cambia los ejes que sustentan su poder y los orienta hacia la embajada estadounidense y las oligarquías. La ofensiva contra el movimiento se incrementa con estrategias como la compra de líderes, la destrucción de sus sistemas de comunicación, el debilitamiento de las organizaciones locales y la mediatización de su presencia internacional con la utilización de organizaciones no gubernamentales (ONGs) (regularmente financiadas por el gobierno de Estados Unidos, Alemania y Ecuador) que cooptan a dirigentes y desvían la atención de las organizaciones sobre asuntos prioritarios.

En esta última etapa comienza la desmovilización del movimiento y se acentúa el desgaste que inició desde la conformación, en 1996, del movimiento político MPP-NP. De acuerdo a un primer balance, la experiencia reciente del movimiento expresa que sus prácticas parten de un discurso liberal, que es sustrato del poder, y afirman que “es erróneo pensar que ganando las elecciones ya se ha cambiado la sociedad, que se han cambiado las relaciones de poder” (p. 236).

En el capítulo de Perú las intervenciones pretenden responder a la siguiente interrogante: ¿por qué en Perú no hay un movimiento indígena con fuerte presencia? Un primer acercamiento muestra la dispersión geográfica de los pueblos, la migración y la presencia de una burguesía indígena como elementos que dificultan la organización. Otro de los factores que explica con mayor profundidad la cuestión es el clima de terror heredado de las Rondas y los Comités de Auto Defensa (CAD) durante los tiempos de la lucha con-

trainsurgente, principalmente en los años ochentas, época en la cual los campesinos eran utilizados tanto por el Estado como por Sendero Luminoso para combatir a sus respectivos enemigos. Si bien la lucha indígena en Perú no tiene la fuerza de movilización que en otros países, el movimiento cocalero tiene una importante presencia como se muestra en este capítulo.

El último capítulo de la primera parte aborda, de manera conjunta, la situación del movimiento indígena en Guatemala, Argentina y Chile. En el caso de Guatemala, se expone el efecto desmovilizador de los Acuerdos de Paz (1997-1999) y la evidente necesidad de la clase dominante de institucionalizar los conflictos en la arena política. Otra de las situaciones que se revisan es el hecho de que se ha empujado al movimiento a una suerte de mercantilización de la acción colectiva, a partir de la disponibilidad de fondos provenientes de la cooperación internacional, y que cada vez más el movimiento se nutre de las corrientes multiculturalistas de cuño liberal. El caso de la Coordinadora Indígena y Campesina (CONIC) es ilustrativo de este proceso.

En el caso de Argentina se presenta la experiencia de Lhaka Honhat, una organización de cazadores recolectores de El Chaco que surgió en los años noventas para impedir que sus aldeas fueran convertidas en asentamientos urbanos y exigir el reconocimiento constitucional al “uso tradicional” de tierras y territorios. Asimismo se ofrece un panorama de lo que está ocurriendo con el movimiento Mapuche —rural y urbano— en Argentina y Chile. En Chile, la lucha de este pueblo ha tenido como eje central la restitución de tierras; sin embargo, desde los noventas su lucha también es por los derechos colectivos. En la última década los mapuches intensifican su movimiento hasta que, en 2001, el gobierno aplica la legislación antiterrorista contra sus dirigentes. A partir del encarcelamiento de sus militantes, el movimiento comienza a desgastarse pero inicia también la lucha por la liberación de sus presos.

El primer capítulo del apartado temático de *Movimiento Indígena...* sintetiza los distintos problemas que viven las mujeres indígenas al interior de sus comunidades, fuera de ellas y en las organizaciones donde participan. Uno de los problemas tratados con particular atención es el control del cuerpo de la mujer como un asunto político y el papel de la maternidad como reproductora de la cosmogonía y cosmovisión dentro de sus pueblos y comunidades. También se presentan casos donde las mujeres han decidido organizarse, ya sea para pelear por una vida sin violencia, como el Movimiento Independiente de Mujeres de Chiapas en México, o como las mujeres de Guayamerin en la Amazonia boliviana y las mujeres organizadas en la Central Indígena de la región Amazónica de Bolivia (CIRABO), que primero se organizaron al lado de sus hermanos indígenas y ahora lo hacen para tener espacios propios y aumentar su participación en los sindicatos y organizaciones de los que son parte. Otro caso similar y que también se trata en este capítulo es el de las castañeras de la Amazonia boliviana, quienes encabe-

zan una lucha en contra del acaparamiento de tierras y por la mejora de sus condiciones de trabajo.

El siguiente capítulo, dedicado a tratar el tema de la migración, comienza con una intervención titulada “Los impactos de la migración sobre las culturas indígenas en Oaxaca”, donde se plantea que la migración representa una oportunidad paradójica de liberación y reconstitución de los pueblos indígenas. “Migrantes centroamericanos en la frontera sur de México” es un trabajo que analiza el Soconusco como una región histórica de migraciones pero que ahora es denominada “frontera de alto riesgo”; expone también la sinuosa travesía que enfrentan los indígenas para llegar a Estados Unidos, donde formarán parte de un sistema que los explotará bajo el amparo de las leyes anti-inmigrantes. A diferencia de la primera intervención, aquí se muestra cómo la migración puede convertirse en un factor más de empobrecimiento y desintegración de la familia y las comunidades, pues se incrementa la dependencia económica de las remesas. En “Migración y expansión de la ciudad de El Alto” se enfatiza que la migración es obligada, resultado del desastre económico, agrario y social que el sistema ha provocado. En “Migraciones y movimiento etnocampesino en Perú” se establece una conexión importante entre la lucha campesina y la migración a las ciudades, en particular a la ciudad de Lima. En este caso la migración representa una forma alternativa para dinamizar sus pueblos y reforzar la idea de un mundo con nuevas esperanzas por el cual deben luchar. “La música de los migrantes ancashinos en Lima: táctica de adaptación y resistencia” explica que la música puede ser una forma de resistencia para preservar los orígenes culturales y la memoria de los pueblos.

En el último capítulo, “Las estrategias políticas de los movimientos indígenas y los Estados latinoamericanos frente a la insurgencia indígena”, un grupo de académicos reflexiona acerca de las estrategias asumidas por el movimiento indígena en Bolivia y México. La experiencia boliviana se analiza en tres vertientes: el movimiento indígena como catalizador de la crisis del Estado, la experiencia de los indígenas en el parlamento y la postura de distanciamiento que ha asumido el movimiento aymara frente al gobierno de Evo Morales. En el caso de México, se revisan las dificultades de la estrategia autonómica que ha implementado el movimiento indígena, haciendo un análisis de la reforma al artículo 27 constitucional y de la contrarreforma en materia de Derechos y Cultura Indígena que contraviene el espíritu de los Acuerdos de San Andrés, y que legalizan el despojo —privatización— de tierras, recursos naturales y conocimientos tradicionales de los pueblos indígenas; se enfatiza la necesidad de una Nueva Constituyente. En este capítulo también se encuentra un importante análisis de las estrategias que los Estados latinoamericanos —incluyendo a aquellos donde existe una “gobernabilidad reconfigurada”— han asumido para exterminar la insurgencia indígena.

La implementación de políticas públicas focalizadas, la cooptación de líderes, el encarcelamiento o asesinato de dirigentes y simpatizantes, la apa-

rición de grupos paramilitares y la creciente militarización del territorio indígena, son sólo un ejemplo de la embestida que enfrentan las diversas expresiones del movimiento indígena. Es así que aymaras, quechuas, guaraníes, amuzgos, tzeltales, mayas, mapuches y otros pueblos, en su lucha contra la depredación y el despojo, están corriendo riesgos inmensos.

En resumen, el segundo volumen de *Movimiento indígena en América Latina: resistencia y proyecto alternativo* constituye un valioso esfuerzo de reflexión colectiva que permite acercarse a la realidad contemporánea de la región desde la mirada atenta de hombres y mujeres que con sus acciones de rebelión y resistencia hacen cada vez más evidente la crueldad y la fragilidad de la dominación colonial interna.